

# Editorial - A NOVA DEMOCRACIA BRASIL - 23 de marzo de 2021

## Sobre la marcha

La crisis brasileña ya ha llegado a ese punto de lo insostenible, en el que la ruptura se presenta no solo como posible, sino incluso inevitable. El resurgimiento de la pandemia, con la catástrofe abierta que azota a todas las unidades de la federación, asociada a la hambruna, el hambre y el desempleo récord aíslan a Bolsonaro y su séquito de extrema derecha, efecto que la renuncia de Pazuello -el carnicero- no podrá. para mitigar. La respuesta de esta milicia de vagabundos y perdedores es y será radicalización: el capitán de la maleza tensa a los demás poderes y, hoy, cualquier esquinero se siente con derecho a incriminar a alguien en la ley de seguridad nacional. Como aún existe una imposición de legalidad, pronto estas expediciones punitivas se desbordarán de los tribunales, donde por regla general no prosperan, y se harán extrajudicialmente por la acción de los grupos paramilitares, que se multiplican por todo el país. Golpe de Estado es algo que Bolsonaro, el débil, atado por mil crímenes que se le pueden lanzar en la cara en cualquier momento y con poca popularidad, no podrá cumplir en el corto plazo. Asustarse por su bravuconería es jugar el juego de la derecha, que quiere arrastrar a las masas a su remolque con miras a un nuevo reordenamiento institucional que les sea beneficioso, incluyendo preparar el terreno para llegar al régimen que es necesario. por sus nefastos fines.

El Alto Mando de las Fuerzas Armadas ve en la catástrofe que se acerca no solo a la oportunidad de recuperar y consolidar los espacios perdidos después de 1988 y de reforzar su tutela histórica sobre dicho poder civil, sino de centralizarlo al máximo asegurando la unidad. de la corporación como forma única de salvar el sistema de explotación del que es guardián de la ruina total. Como gobierno militar de facto lo es, para los generales que lo, manejan, Bolsonaro ahora es solo un mal menor: lo empujan para que saque las castañas del fuego, es decir, hacer o dejarle caer “cuanto peor mejor”. Eso sirve para restringir las libertades democráticas tanto como sea posible, antes de descartarlas. El año de la intervención militar en Río de Janeiro, en el que explotaron las ejecuciones llevadas a cabo por la policía y se expandieron las áreas bajo el control de las “milicias” - sin mencionar el bloqueo de las investigaciones por el asesinato de la concejala Marielle - aclara más sobre su posición que mil esquemas teóricos. Mire el modelo en Colombia, donde las elecciones periódicas conviven con el exterminio sistemático de los disidentes, incluso de los que rezan por la cartilla del reformismo: es por él que estamos dando grandes pasos. Un eventual gobierno de Mourão, por ejemplo, para el que trabajen objetivamente quienes apuestan todas las fichas por el juicio político, marcaría la profundización, no la mitigación, de este proceso de militarización en curso.

La liberación de Lula, que deleitó a quienes creen en una solución pacífica, y que huele a un intento de un gran acuerdo nacional de la derecha civil (Congreso y STF) para contrarrestar tanto la bravuconería de Bolsonaro como la protección de los generales, será la capacidad de resolver la crisis, ni a corto ni a mediano plazo. En primer lugar, porque un giro tan tardío no se debió al apego de esas fuerzas a la democracia y a la letra de la ley, como quiere el vil analista, sino a defender sus propias corporaciones y sus archiprivilegios, amparados en el statu quo actual. Dividirlos, por tanto, más tarde, saciar sus pequeños intereses, o simplemente lucir el garrote, no es ni ha sido nunca una tarea difícil. La naturaleza de la burguesía liberal es traicionar. En segundo lugar, y para nosotros este es el principal, porque prevalecerá la realidad de la miseria incontrolada y la pandemia. Ni

siquiera los grandes hombres pueden cambiar el curso histórico; menos aún los impostores. Recordemos, por cierto, que la conmoción anunciada que se esperaba con la detención de Luiz Inácio, y luego con su liberación, que ocurrió incluso antes de la pandemia, fracasó. El PT y sus satélites sabotearán aún más decisivamente cualquier movilización popular independiente, ya que lanzarán todas las fichas en el juego electoral, por lo que pretenden presentarse como las auténticas palomas blancas de la paz. Son la oposición consentida, como lo había sido MDB, oliendo a mohó, como sus alusiones al pasado olor a mohó. Sobre todo en los 13 años y medio en los que reinaron en las altas esferas del viejo Estado terrateniente-burocrático y se desviaron de su camino para gestionar la crisis del imperialismo, haciendo estipulaciones y maracutas por la conciliación de clases y socavando la lucha de clases. de la clase obrera y el campesinado, y nada menos, en nombre de este viejo Estado decadente, presidieron la represión de las masas en lucha, en fin, una realidad histórica muerta y enterrada que nunca volverá. Estamos presenciando ante nuestros ojos una especie de repetición de la sufrida historia política de América Latina, siempre apretujada entre el elemento populista y el elemento militar, cuyo desenlace suele ser trágico: cuanto más promete un señor de la guerra gobernar para todos - tarea imposible - a mayores frustraciones y rencores que suscita, mayores son las divisiones dentro y fuera del gobierno, y mayores son las posibilidades de que todo acabe en un nuevo ciclo golpista. Son, efectivamente, el elemento populista y el elemento militar, una especie de hermanos siameses idénticos en varios puntos, sobre todo en su compromiso con el latifundio, con el imperialismo y con la perpetuación de la miseria de nuestros pueblos.

Una cosa es cierta: en Brasil hoy, un año y medio equivale a un siglo, por lo que cualquier pronóstico electoral ahora tiene tanta validez como la prescripción de cloroquina para tratar el Covid-19. Desde el punto de vista de los demócratas y consecuentes revolucionarios, es necesario atacar sin piedad este gobierno militar genocida de Bolsonaro / generales, y explicarle a las masas con paciencia, pero abiertamente, que no hay solución posible a los problemas que nos acosan. que no pase por el derrocamiento de este sistema putrefacto de explotación y opresión, responsable de la masacre de proporciones bíblicas que ha cobrado la vida de cientos de miles de brasileños desde el año pasado. En la situación de la pandemia, hemos revelado de manera muy concentrada la totalidad de miserias que siempre nos han acosado, como la brutal desigualdad entre ricos y pobres, la hipocresía de que “estamos todos en el mismo barco” cuando algunos pueden quedarse en casa protegidos y otros no, el desprecio de la escoria gobernante por el pueblo que está muy abierto en la falta de vacunas, el papel de este viejo Estado como un mero dispositivo de coerción que existe para defender los intereses de la minoría privilegiada, es la verdad desnuda que la vida del trabajador es un artículo desechable, más barato que los bienes que entrega. Por tanto, que no podemos confiar nuestro destino a ningún político de la clase dominante, y que solo nuestra propia lucha y organización puede revertir esta situación. Estas son las pequeñas grandes verdades que un tribuno que se precie necesita explicar, explicar y explicar cada día, porque son precisamente las que guardan la esperanza de mejores días. Los tiempos difíciles carecen de esto: una fuerza que dice que las masas pueden ganar y muestra claramente a través de qué programa y camino. En la hora crítica, este puñado de clarividentes tercios y organizados podrá arrastrar a millones.